La autocrítica de "Proteo"

Por

R. MONTERO BUSTAMANTE

(Especial para LA PRENSA)

—

Montevideo, julio de 1926.

DE los libros de Rodó, "Ariel" es el que ha tenido más fortuna. Desde que apareció la primera edición de 1900 el sermón laico dirigido a la juventud de América conquistó aplausos, elogios y ditirambos. El mismo Rodó decía cinco años después: "Esta obra va prolongando sus ecos de una manera poco común, y creo que no queda párrafo de ella que no haya sido citado, comentado o trascripto por alguien. Con los comentarios que yo conozco (y he de desconocer muchos) podrían formarse veinte opúsculos del tamaño de "Ariel". Entre tales aplausos y elogios hay algunos de singular significado: el de Juan Valera, por ejemplo, y también el de Clarín. En aquella época — me refiero a 1900 — era muy difícil para un escritor sudamericano obtener juicios favorables de críticos de tal laya. Después, las cosas cambiaron. Hoy, la crítica se ha hecho accesible y, sobre todo, complaciente. La impasible y severa deidad suele convertirse en la *casta meretrix* de los romanos, aquella mujer que parecía darse a todos sin darse en definitiva a ninguno. Conviene recordarlo así para apreciar en su verdadero valor el éxito de "Ariel" en su tiempo, éxito que aun perdura para gloria de Rodó y de las letras del Uruguay.

Con todo, "Ariel" no es el mejor libro de Rodó, ni por la forma, con ser ésta muy hermosa, ni por el contenido, al cual se empiezan a hacer objeciones tan fundamentales como las que ha opuesto Ramiro de Maeztu en su aguda exégesis de la tesis sustentada en el discurso de Próspero respecto al pueblo norteamericano. "Ariel" es una obra de bellísima retórica y de primoroso estilo; es también una disertación magistral llena de nobles y elevadas ideas, de calurosas y férvidas exhortaciones que a veces toman el tono y la grandeza de la elocuencia sagrada; es, además, el libro de Rodó que ha sido más leído, comprendido y comentado. Sin embargo, no es obra de plenitud. Ni el escritor está definitivamente hecho, ni el artista acrisolado, ni el pensador bien nutrido.

La obra maestra de Rodó es "Motivos de Proteo". El autor lo sintió así. En 1904, cuando la llevaba ya muy adelantada, escribió de ella: "Tengo fe en ésta, que será mi obra de más aliento hasta hoy". Y en 1905, ya casi

terminada, agregaba con tono profético: "Tengo la convicción de que mi obra "quedará" en la literatura americana, superando, acaso, el éxito de "Ariel". Rodó, que tuvo el raro don de conocerse en su verdadero valer, no se equivocó al hacer este augurio. "Motivos de Proteo" es su verdadero libro, aquel donde el escritor reveló toda la capacidad de su técnica, el artista dió la medida de su poder de creación y exaltación, y el pensador exhibió el arte supremo que poseía para asimilar y ordenar extraños y heterogéneos elementos, y para disimular, bajo regios atavíos, la limitación de originalidad en lo que se refiere a problemas o aspectos que no son meramente estéticos.

Mucho se ha escrito sobre este libro, y cosas muy excelentes y primorosas, por cierto. Pero creo que pocos han escrito sobre él con más conocimiento de causa y mayor precisión que su propio autor. A Rodó se debe la verdadera exégesis de "Proteo", y, al hacerla en sus cartas íntimas, reveló con rara espontaneidad los secretos de su taller de artista. Allí están al descubierto los misterios de su alquimia literaria; los alambiques, retortas y matraces; los hornillos refractarios; los preciosos elementos; los fluidos que se encienden en llamas cárdenas; los líquidos de extraños y fulgentes colores; las fórmulas y cifras cabalísticas; los metales trasmutados; toda la alquitarada ciencia con que el mago obtuvo la *lapis philosopharum*" de su obra de plenitud.

Gestación de "Proteo"—

Al principio, "Proteo" fué una concepción vaga, sin forma determinada, "sin arquitectura"; debía ser un libro nuevo, "libro abierto sobre una perspectiva indefinida". ¿Cómo llenar este infinito paisaje, esta extensión sin horizonte, este mar sin orillas, este bosque sin fin, esta ciudad sin término? Rodó afrontó la angustia del enigma y comenzó su empecinada labor con aquella extraordinaria capacidad de trabajo de que lo dotó la naturaleza. Lo acicateaba el deseo de superarse, de prolongar en una resonancia perdurable los ecos que suscitó la aparición de "Ariel". La concepción ideal fué tomando forma, formas, mejor dicho, bajo la influencia del símbolo a que se acogió, verdadero hechizo de su imaginación y estímulo de su entendimiento y voluntad. A principios de 1904 Rodó escribía a su amigo Julio Piquet: "Sigo batiendo el yunque de "Proteo", libro vario y múltiple como su propio nombre; libro que, bajo ciertos aspectos, recuerda, o, más bien, recordará, las obras de los "ensayistas" ingleses, por la mezcla de moral práctica y filosofía de la vida con el ameno divagar, las expansiones de la imaginación y las galas del estilo; pero todo ello animado y encendido por un soplo "meridional", ático o italiano del Renacimiento; todo unificado, además, por un pensamiento fundamental que dará unidad orgánica a la obra, la cual, tal como yo la concibo y procuro ejecutarla, será de un plan y de una índole enteramente nuevos en la literatura de habla castellana".

Poco después agregaba, precisando ya la materia del libro: "La obra se va haciendo, y "Proteo" reviste sus múltiples formas dentro de las cuales alternarán la filosofía moral con la prosa descriptiva, el cuento con el apotegma, la resurrección de tipos históricos con la anécdota significativa, los ejemplos biográficos con las observaciones psicológicas... Será un libro variado como un parque inglés, o más bien como una selva americana; un libro en el que, a vuelta de una escena de la Grecia antigua, encontrará el lector la evocación de una figura épica de la Edad Media o una anécdota del Renacimiento o una evocación del siglo XVIII o una descripción de la naturaleza o un análisis psicológico, todo ello relacionado dentro de un plan vasto y completo, sobre el que se cierne, como un águila sobre una montaña, un pensamiento fundamental".

El mismo Rodó advertía en sus confesiones epistolares que el libro no era un simple repertorio de anécdotas, ni una galería biográfica, ni una ordenación de apólogos, apotegmas y ejemplos destinados a servir las necesidades de la vida moral. "Como la tesis de la obra, decía, abarca fundamentales cuestiones psicológicas y éticas, y se roza con puntos de historia, etcétera, es mucho más lo que he tenido que ver; y todo lo he sustanciado, criticado y asimilado por mi cuenta". Esta obra de sustanciación, de crítica, de asimilación fué penosa. En otra carta se refiere a ella al expresar su aspiración de descanso y ocio después de la severa disciplina a que lo sujetó la producción metódica y ordenada de este largo libro. El esfuerzo de información fué realmente titánico. "Tengo cuadernos enteros (diez o doce), decía, llenos de noticias y detalles biográficos que he reunido, compulsado y organizado durante largos meses para obtener de ellos conclusiones relativas a diversos puntos de mi tesis. Esta sola tarea importa la consulta de más de "cien" volúmenes de obras biográficas en mi biblioteca, en la del Ateneo, en la de la Universidad, etcétera."

Los que vimos a Rodó trabajar durante años como un cenobita en las bibliotecas de Montevideo, sabemos cuánta verdad encierran estas palabras. El gran escritor tenía entonces, y la tuvo siempre, la preocupación de la información personal, de la confrontación y del cotejo de los textos originales de que se servía para la preparación de sus estudios literarios. Refiriéndose a ello decía respecto a "Proteo": "He querido que los datos que me sirvan de "canevás" sean juntados y obtenidos por mi propio esfuerzo, comparando unas fuentes con otras, y no saqueando tres o cuatro libros donde la tarea está hecha, como suele hacer la fácil erudición americana. Yo reuno los datos uno por uno y los ordeno a mi manera."

El problema del estilo—

Construída la armazón intelectual de su libro, realizada la estructura ideológica y obtenida la subordinación de todas las partes al pensamiento fundamental de la obra, faltaba por

ejecutar lo que para Rodó era cuestión virtual: la forma, el estilo. Esta parte de su obra lo sumió en un verdadero arrobamiento, y si le produjo algunas congojas, fueron más los deleites y deliquios que halló en ella. Fué Rivarol quien dijo que el juicio se contenta con aprobar o condenar, pero que el gusto, goza o sufre. Rodó fué, antes que nada, hombre de gusto, de exquisito y sabio buen gusto, y es natural que esta aptitud, afirmada por el largo y continuo ejercicio, le haya deparado infinitos goces. "Proteo es mi preocupación casi absorbente, escribía en plena labor; lo compongo con "delectación morosa" si vale en esto la frase". La frase no solamente vale, sino que arroja plena luz sobre la voluptuosidad con que este gran *dilettante* se entregaba al delicioso divagar de la fantasía y al maravilloso arte de crear la forma armoniosa y perfecta.

Poseído del hechizo de la forma, dice que su estilo "a veces asume la gravedad y el entono de la clásica prosa castellana, otras la ligereza amena y elegante de la "escritura" francesa, recorriendo las inflexiones más diversas del sentimiento y el lenguaje". "Hay páginas, agrega, en que el colorido de la descripción, la firmeza del dibujo, el cuidado de la frase y la compenetración del concepto y de la forma, me dejan satisfecho plenamente". Pero donde se advierte la verdadera exaltación del artista frente a la obra plena, es en este otro párrafo escrito sin duda bajo la influencia de la fiebre creadora: "Mi aptitud para trasformar en imagen toda idea que entra en mi espíritu, me ha favorecido para dar a la obra gran animación y amenidad. Para cada punto o particularidad de mi tesis, se me ha ocurrido un símbolo claro, un cuento o una parábola, en los que he vertido todos los colores de mi paleta, toda la luz, toda la armonía de mi imaginación, pintando cuadros que creo han de vivir en la memoria de los que me lean. Hago como Raimundo Lulio, el filósofo artista, y baño la idea en la luz de la imaginación y la magnetizo con el prestigio hipnótico del estilo".

Que "Proteo" significó para Rodó la culminación de su personalidad literaria lo prueban estas palabras entresacadas de sus cartas: "es la obra que he escrito en plena posesión de mi reputación literaria"; "he puesto en sus páginas el sello de mi personalidad definitivamente formada en lo intelectual"; "es el libro en que he puesto lo mejor de mi alma". Y el maestro tenía razón. Si "Ariel" es el aletazo del aguilucho, "Proteo" es el vuelo caudal del águila que se remonta majestuosa sobre las cumbres para tender la mirada sobre el infinito paisaje. Aquél se recordará siempre como un ática oración del ágora, éste quedará como uno de esos frisos de los templos griegos en que se inmovilizó para siempre la vida del pueblo helénico.

Lo que sobrevive—

A Rodó no le fué ingrata la idea de que la posteridad buscara en sus escritos la íntima esencia de su personalidad moral e intelectual. Al contrario,

lo deseaba, y en un momento de melancólico abandono escribió a su amigo Piquet: "Dejaré mi personalidad en mis libros y mis correspondencias, y procuraré que ellos me sobrevivan y den razón de mí cuando sea llegado el momento del último viaje y la bola viajera de mi vida quede detenida en un "hoyo" del camino". Hace ya tiempo que le vimos partir para ese último viaje del cual hablaba él con tristeza pero sin temor. Y es justo que los que que le vimos partir y le sobrevivimos, y somos hoy testigos de su gloria póstuma, hablemos a menudo de él, y sigamos abrevando en las páginas de sus libros.

Raúl Montero Bustamante